

rarios, realza la personalidad de Bello y crea a su héroe un ambiente apropiado y agradable.

Ahora, en cuanto a "la verdad histórica", por la cual siento grande amor, el señor Grases tampoco es muy escrupuloso para respetarla; vaya un ejemplo: al referirse a la "Vida de don Andrés Bello" dice "Al fallecer Gregorio Víctor Amunátegui, fue Miguel Luis quien redactó la "Vida de don Andrés Bello", publicada en Santiago de Chile en 1882". Don Gregorio Víctor Amunátegui murió el 17 de enero de 1899, y su hermano Miguel Luis, autor de la extensa y a veces fatigosa obra en cuestión, falleció casi once años antes, en los primeros días del mes de enero de 1888, de tal manera que la biografía del humanista la publicó en vida de don Gregorio Víctor y éste, sin duda, colaboró en la ardua tarea de su inseparable hermano Miguel Luis; hasta en el monumento están juntos.

Don Miguel Luis Amunátegui Reyes, la quintaesencia de la ponderación, hijo de don Gregorio Víctor, atestigua en sus *Intimidades*, algo que le escuché muchas veces: "Nuestros archivos y nuestras bibliotecas son testigos del ardoroso afán con que Gregorio Víctor buscaba documentos y recogía datos para componer en colaboración con su hermano las obras, que por convenio mutuo aparecían después sólo con el nombre de este último. Frecuentemente las agitaciones de la vida política absorbían a Miguel Luis todo su tiempo, y entonces Gregorio Víctor continuaba solo, preparando en el silencio del gabinete las obras que habían de dar lustre a su hermano". Entre los años de 1874 y 1881, don Miguel Luis fue Ministro de Instrucción Pública, Relaciones Exteriores y Consejero de Estado, de tal manera que su obra sobre Bello, publicada en 1882, no pudo hacerla solo, la colaboración de su hermano debió ser muy necesaria.

Ojalá el breve volumen de *Alone Bello en Caracas* sea el primer capítulo de una biografía completa del sabio mentor de Chile. Hernán Díaz Arrieta tiene talento y sensibilidad suficientes como para emprender una obra de esta naturaleza. Sobran las vidas de Bello, atiborradas de datos y hace falta una más ágil que sin apartarse esencialmente de la verdad histórica, pueda ser leída por la generalidad de los chilenos.

<https://doi.org/10.29393/At406-126LTFA10126>

La Tontita, de RICARDO WALSEN. Ed. del Pacífico, S. A.
Stgo. de Chile, 1964

El autor, médico obstetra y ginecólogo de prestigio, cuenta con sarcasmo la tragedia de un hogar donde el orgullo fue capaz de anular o desviar el rumbo en la vida de sus hijos.

Se trata de un matrimonio feliz, con 5 hijos, de espléndida situación social y económica. El, político brillante, senador de la república, con aspiraciones presidenciales, como casi todos los hombres públicos chilenos. Pero el nacimiento de su hija Rosario, criatura cuya lengua era un poco más grande que la del común de los mortales, constituía —para don Alfonso y su mujer—

un tormento horrible, porque ello hería hasta el fondo su orgullo satánico. Un médico pariente miró a la niña y exclamó: "Macroglosia epicantus". Bastó el ininteligible diagnóstico para que los padres se convencieran de que la pequeña Rosario era anormal. Sin embargo, la pusieron al colegio, pero, al poco tiempo, por consejo de las monjas, la retiraron; "no había posibilidad de lograr más de ella". Encerraron entonces a "la niña" en la casa para evitar comentarios y la deshonra; encargaron su educación a una institutriz especial.

Rosario, retraída, silenciosa, con mirada aparentemente triste, lo observaba todo: llegaba la primera a la pieza de estudios y salía la última. Cuando iba a acostarse, llevaba a su dormitorio los libros de sus hermanos y frecuentemente, la sorprendían leyendo. Reía de buena gana con las bromas de sus hermanos, y los vigilaba en sus juegos.

Cuando mujercita, comenzó a comprar "útiles para el hogar y los vendía entre las amistades de sus padres; con ello ganaba "una pequeña diferencia". Se le encontró dinero debajo del colchón "en forma ordenada". Salía muy temprano de su casa a negociar, y regresaba casi al anochecer. Estas actividades le ocupaban todo su tiempo; pero un buen día, "la niña", joven aún, murió trágicamente en un accidente automovilístico.

A los funerales concurrió mucha gente. A don Alfonso le extrañó mucho la presencia de una delegación del Instituto Cultural Anglo-Chileno, con el cual él nunca había tenido vinculaciones. Después del sepelio, los padres entraron al cuarto de Rosario, y, entre las cosas personales de la hija encontraron un cuaderno en el cual la singular "Tontinta" llevaba, desde los 17 años, su diario de vida. Al comenzar a hojearlo, don Alfonso y doña Mercedes sufrieron una tremenda impresión. Después de convencerse de la terrible realidad, la esposa exclamó: "Increíble, Alfonso. Hemos sido muy estúpidos y la hemos perdido sin conocerla". (Pág. 27).

Sin embargo, nada pudo la triste realidad, contra el egoísmo, la vanidad arribista y la farsa de esos padres que arruinaron la vida de su hija. Don Alfonso pensó quemar el cuaderno, porque les iba a traer "muchas desilusiones", pero su mujer se opuso: "Los niños tal vez puedan ignorarlo para siempre; pero nosotros tenemos que guardarlo como un secreto" (Pág. 29).

Por la atenta lectura del Diario, los padres supieron... que la hija "Tontita", era lectora incorregible, alumna del Instituto Cultural Anglo-Chileno, fina observadora, irónica y de agudo espíritu crítico; ni ellos ni sus hermanos, que ella llamaba "normales"... se escaparon de su sátira implacable. No dejaba de ser también agresiva, cuando algún enamorado pretendía faltarle al respeto. Después de la lectura, ambos quedaron desconcertados, avergonzados. La "Tontita" era una joven inteligente, habilidosa y perspicaz.

El Dr. Walsen ha escrito con soltura una obra original, de tipo psicológico, en la cual la ironía y el humor se entremezclan con el drama y la tragedia. El médico y escritor conoce los más recónditos secretos del alma humana y de la sociedad contemporánea.